

Guzmán de Alfarache

MATEO ALEMÁN

ed. Luis Gómez Canseco, Madrid, Real Academia Española, 2012. XII+1158 pp.

ed. Pierre Darnis, Madrid, Castalia, 2015. 1184 pp. (2 vols.)¹.

Gómez Canseco y Darnis presentan una significativa coincidencia en la apertura de sus volúmenes. Para el primero el *Guzmán* es un “rompecabezas” (p. IX); Darnis le da como primera caracterización el ser una “novela escurridiza” (p. 7). Y es que la obra de Mateo Alemán multiplica para un editor los problemas que ofrece cualquier obra literaria, en sus dos planos, el de la pura materialidad y el del sentido, esto es, la fijación del texto y su interpretación crítica e histórica. Podría decirse que cada uno de los editores mencionados asienta sus labores sobre un extremo distinto de esta polaridad (en gran medida, siguiendo los criterios y valores de la serie editorial en que se inscriben); sus conclusiones, en cambio, muestran un notable nivel de coincidencia en lo que, en definitiva,

constituye la base común en ambas prácticas filológicas y el horizonte al que se dirige el comercio con el texto, esto es, su lectura. Y si de esta no tenemos la certeza de que sea *la* correcta, debemos procurar, al menos, que sea productiva. Y en ambos casos podemos afirmar que lo es, y en alto grado.

Las pautas establecidas para la colección de la RAE dirigida por Francisco Rico imponen una apuesta por la exhaustividad, que Gómez Canseco lleva al máximo rigor, con una minuciosidad extrema en su tarea. Su base la asienta en una impecable labor de crítica textual donde las bases más incuestionadas de la ecdótica de raíz lachmaniana se complementan adecuadamente con las aportaciones metodológicas derivadas de la *material bibliography* y aun de la

1 No se escapa del interés de completar este acercamiento a las ediciones recientes de la obra de Alemán con la ofrecida en el conjunto de sus *Obra completa* (dir. Pedro M. Piñero y Katharina Niemeyer, Madrid, Iberoamericana, 2014, 3 vols.). Este mismo carácter, sin embargo, le da una dimensión distintiva, que implicaría un cambio de perspectiva para englobar empresas con un alto grado de heterogeneidad.

crítica genética o filología de autor, como corresponde a una compleja transmisión textual, donde conviven involuntarios errores de copia o tipografía con correcciones intencionadas, propias o ajenas al autor, en un marco muy condicionado por los usos tecnológicos y comerciales de la imprenta manual, así como por una normativa legal e ideológica, con las prácticas desarrolladas para sortearla. El cotejo de variantes incluye el de ejemplares de la misma edición y alcanza niveles rayanos en lo obsesivo: 226 páginas de aparato crítico (acertadamente relegado a un anexo) son prueba suficiente de la extensión de una labor apoyada en hitos previos (Rico, Micó o Mañero, entre otros) y que difícilmente deja resquicio para verse ampliada o mejorada. Otra cuestión es lo determinante de las aportaciones que tan meticulosa labor ha realizado, más allá de confirmar la fidelidad de algunas ediciones y el papel desempeñado por el autor en la materialización de su obra en el proceso de transmisión. El lector menos interesado por estos aspectos puede adentrarse en los vericuetos de la narración con un alto grado de certidumbre de lo correcto del texto que maneja, por más que las correcciones incorporadas

no sean de la entidad suficiente como para alterar de manera sustancial la que podría considerarse la *vulgata* de la obra en las tres últimas décadas.

Eso sí: la *recensio* y la *collatio* de decenas de ejemplares ha puesto al editor en la tesitura de una “lectura lenta”, por la que ha podido profundizar en las entrañas de un complejo artificio narrativo, aún más confuso por las capas de lecturas crítica recibidas en el último siglo y medio. También en ellas entra el agudo bisturí de Gómez Canseco, para delimitar un preciso estado de la cuestión y, al hilo de la trama, ofrecer su propia lectura de la obra, en lo que bien podría ser una monografía exenta, como la que constituye el profuso aparato de notas, el primero de los anexos. Y valga aquí un breve paréntesis para insistir en la pertinencia de la solución dispositiva adoptada por la colección para su fórmula editorial. La distinción entre notas a pie de página y complementarias, la articulación de distintas aproximaciones específicas a algunos aspectos del texto y su transmisión e, incluso, la ubicación material de estos como posliminar y no como condicionante prefacio, permiten desdoblar la lectura en dos niveles, especialmente distinguibles

y necesarios en una obra como el *Guzmán*. El lector interesado en la peripecia narrativa puede adentrarse sin obstáculos en un texto bastante limpio, con las notas justas para remover los obstáculos a la comprensión literal, mientras que quien busca acceder a un conocimiento más hondo o especializado tiene en sus manos la práctica totalidad de los recursos necesarios para ello. Y en este caso, insisto, con una tan discreta como sabia guía para moverse en este laberinto o “rompecabezas” que constituye el *Guzmán de Alfarache*.

Gómez Canseco apunta algunas claves de lectura no excluyentes, pero sí orientativas, delimitando el territorio en el que se gesta y se mueve la creación alemaniana, acotada por la vida y el entorno del autor, el conocimiento de la poética y de la tradición y el diálogo particular con dos hitos mayores en la configuración de la ficción en vulgar: la *Celestina* y el *Lazarillo*. Los tres niveles articulan formalmente el estudio y, sobre todo, sirven de piedras angulares al ejercicio crítico, complementado con el estudio de los avatares de la obra en su transmisión, recepción y continuación. La formación y experiencia vital de Mateo Alemán son recompuestos y, lo que es más

importante, analizados en relación con la obra global del autor y su confluencia de elementos en el *Guzmán*, donde se aúnan doctrina médica, conocimiento del mundo jurídico y penal, el traumático contacto con la cara más dura del trabajo y la explotación y, con todo ello, una dosis de espiritualidad no siempre canalizada por los senderos de la ortodoxia más estricta. Desde una vertiente considerada tradicionalmente como más literaria, el análisis se centra en la condición genérica de la obra y unas relaciones con la picaresca que resultan adecuadamente problematizadas; de un lado, queda planteada la aporía crítica de ubicar la obra en un marco genérico cuya poética fue definida por unos rasgos propios de la obra que no siempre se mantuvieron en las continuaciones de la serie así definida; del otro lado, y como enfoque más productivo, queda el balance de lo que Alemán toma y rehúsa del *Lazarillo*, señalando como elemento central la sustitución de la reticencia por la verbosidad, con especial atención a la voluntad sermonaria del narrador. Sobre este eje se plantean dos de las cuestiones reiteradas en el discurso crítico: la dimensión teológica y moral, con el motivo del arrepentimiento y el sentido de

la confesión; y la difícil tarea de ingeniería narrativa para conjugar el relato y la moralidad, pero también la perspectiva de pasado (la historia narrada) y la visión de futuro (la proyección de la experiencia), en un presente, el de la galeras, sumamente conflictivo y ambiguo. Gómez Canseco asume que no busca en su lectura resolver la ambigüedad de la obra que dimana de este punto, imponiendo alguna de las interpretaciones que repasa en su estado de la cuestión. Antes bien, señala esa ambigüedad como condición esencial de la obra, como la que define su naturaleza e, incluso, sustenta su valor, por lo que invita a convertirla en una clave de lectura que permite sostener una lectura abierta y actual del discurso guzmaniano, mientras se lo sitúa convenientemente en su complejo horizonte ideológico y literario, justamente cuando el género de la novela estaba en las puertas de su constitución.

Justamente en este punto arranca la propuesta de lectura de Pierre Darnis. Entre una aplicación de la filología *sensu stricto* y la noción francesa de *civilisation*, el profesor de Bordeaux sitúa el *Guzmán* en el eje central de su investigación, atenta a las raíces y, por tanto, a la naturaleza fundacional del discurs-

so novelesco o, en un sentido más preciso, narrativo, y así arranca su aproximación crítica (al margen de las cuestiones textuales) con la ya citada referencia. Con “novela escurridiza”, más que con una definición, nos encontramos con dos líneas de reflexión, pues, aunque, como recuerda Gómez Canseco, la novela era una “ficción que aún estaba por llegar” (p. XI), la renuncia a la verdad unívoca del tratado y la narración heroica constituye, como bien supo ver Cervantes, una de las aportaciones fundamentales para la consolidación del género. Sin perderse en un debate explícito sobre la condición novelesca, Darnis lo ilumina con su indagación de las razones y estrategias que mueven lo inasible del discurso guzmaniano, y lo hace poniendo énfasis en uno de los aspectos apuntados por Gómez Canseco, de forma que por vías complementarias queda planteada una lectura muy emparentada. En la relación de la obra con la tradición de la sátira se propone, más allá de una fuente de recursos narrativos o un modelo para el discurso crítico, una actitud que, basada en una conciencia del desengaño, toma la paradoja como componente esencial de una visión del mundo y mecanismo privilegiado

para su representación. Darnis no prescinde de los elementos biográficos de Alemán y la relación con su obra, deteniéndose en sus orígenes familiares, sus estudios, sus servicios administrativos o su situación económica no muy boyante. Sin embargo, sortea uno de los lugares comunes en esta perspectiva crítica, como es la vinculación con Pérez de Herrera y, a través de ella, la relación con el debate *de pauperis* reactivado en las décadas finales del siglo XVI, para rastrear otra vía. Y, rehuyendo también la consuetudinaria vinculación al *Lazarillo* (“ostentosamente distinto”, p. 11, se presenta el texto del sevillano), se apunta la deuda con otras modalidades narrativas, singularmente la de la sátira menipea y su matriz lucianesca, actualizadas con los textos de Erasmo y el *Momo* de Alberti, traducido por Almazán. Se trata de una vía menos explorada en la crítica sobre el conjunto “picaresco”, y en ella se destacan varios elementos determinantes para la consideración del *Guzmán*. De manera sintética, el estudio preliminar de esta edición incide en el valor de la paradoja, como base de la ambigüedad (mejor, ambivalencia) de la obra, clave en su doble discurso, del juego de consejas y consejos, explicable

desde la noción clásica y erasmiana del sileno, con su contraste entre la burda exterioridad y el valor de su contenido oculto. Sobre esta figura apoya Darnis la idea del valor alegórico del texto, en su doble plano de consejas y consejos, con el eje de la “poética historia” y la noción de triaca, punto en el que confluye con Gómez Canseco y su subrayado del valor retórico y moral del “ejemplo a contrario”, que engarza la experiencia del personaje y la ambigüedad del narrador. En este sentido, Darnis propone la idea de desengaño como más ajustada y valiosa hermenéuticamente que el debatido problema del arrepentimiento, para postular el peso en la obra de una “antropología negativa”, con un naturalismo al margen de la teología y una burla irónica de la inocencia inicial del protagonista. La obra se articula así como un camino iniciático, en el que el joven se hace adulto enfrentándose a la continuidad de la tropelía y desarrollando para ello un sentido del disimulo, que ya había apuntado Almazán al traducir la obra de Alberti, antes de que Gracián elevara esta actitud a categoría definitoria del “discreto”. La propuesta crítica apunta a una lectura del barroco en una secuencia amplia y aún no suficientemente explorada.

Al desplazar el foco desde el valor cristiano de “virtud” a un sentido más humano, como lo representaba la noción de *virtù* en el humanismo pleno, Alemán, según la lectura de Darnis, abre el abanico conceptual de la obra desde el plano teológico y el político hasta el social en su sentido amplio o el individual, como propio del nuevo sujeto. El giro hacia este extremo marca la distancia que va desde el tratado para uso del príncipe a la que podemos llamar, con Juan Carlos Rodríguez, “literatura del pobre”, en camino hacia la novela. Por ello se encuentra una razón ideológica y estructural a lo que es algo más que un recurso formal o una marca genérica, como es la forma autobiográfica, ya que, recuerda Darnis, esta modalidad es la que permitía conjugar la doble y contradictoria práctica de confesar y velar, en cuya frontera aparece el espacio de la verdad íntima, de una conciencia interior en los límites de la verbalización o en el cauce del doble sentido y de la ironía. Bien lo sabían quienes hacían su deposición ante el tribunal inquisitorial o el de la penitencia, pero también lo sabía el pregonero toledano, ejemplo de reticencias, veladuras y engaños. Quien ocupa ahora su lugar parece optar por el extremo con-

trario, en un desbordamiento de su locuacidad, pero la actitud de ocultamiento es la misma, a la espera de la lectura inteligente que abrirá el recipiente del silencio y levantará el velo que tienden los juegos de la narración.

Desde ese planteamiento (y en coherencia con los criterios de la colección de “Clásicos”), esta edición opta por la selección más que por la exhaustividad, con una decantación de la bibliografía crítica más reciente, junto a una opción por las notas mínimas para precisar el sentido literal y ofrecer mínimas orientaciones de lectura. La coherencia se extiende al criterio textual, con la elección como texto base de la más fiable de las ediciones de cada una de las dos partes de la obra, en un panorama reducido a su síntesis esencial. Coincide Darnis con Gómez Canseco en privilegiar la importancia de la impresión sevillana de 1602, por Juan de León, para la primera parte, y la lisboeta de Antonio Álvarez, 1605, para la segunda; en ambos casos, como señala Canseco, las que a todas luces parecen recoger la última revisión del autor. También una edición avanza sobre los pasos de la otra en lo que se refiere a criterios de transcripción, en particular en torno a cuestiones espinosas como

el uso de mayúsculas y la puntuación, terrenos especialmente sensibles cuando se trata del autor de una *Ortografía castellana* (México, 1609) en cuyas páginas insistió en el valor de estos elementos. Obviamente, los resultados no son idénticos cuando se trata de una verdadera edición crítica y otra que en ningún momento se planteó este propósito. Y es bueno que sea así, especialmente para una obra que propone tantos niveles de lectura. Sin duda, con la de Gómez Canseco el filólogo, el especialista y el erudito tienen una edición definitiva (al menos, para las próximas décadas), en la que el esclarecimiento de los pasajes y la eliminación de las deturpaciones no renuncian a los niveles de la minucia, para deleite y aprovechamiento, por ejemplo, de los interesados en los usos de la imprenta manual o el taller del escritor Mateo Alemán. La de Darnis, en cambio, llena un vacío de casi treinta años, desde la realizada por Micó para Cátedra (1987), al conjugar rigor textual con un estudio y anotación verdaderamente manejables, al tiempo que con aportaciones y aires de renovación crítica. No desmerecen ediciones como las realizadas por Florencio Sevilla o Rosa Navarro, pero en modelos de colección sin una fór-

mula tan consagrada y de impacto tan continuado y extendido como la de las series de clásicos a las que aludimos.

Sería útil, para concluir, volver en este punto a las propuestas críticas sustentadas en las dos entregas reseñadas. Canseco y Darnis, como queda apuntado, parten de posiciones complementarias, acentuando distintos elementos de un discurso crítico que ofrece notables coincidencias. No se trata de relaciones de dependencia, sino de una opción compartida por situarse en un discurso crítico de renovación sin estridencias, que rehusa elegantemente seguir en senderos trillados o detenerse a recusarlos, y que busca en la tradición (la de la filología y la poética, pero también la de los textos que preceden y contextualizan el *Guzmán*) el camino para articular una lectura crítica tan alejada de la asunción literal de un mensaje ideologizado como la especulación hermenéutica o antihermenéutica desde la arbitrariedad de unos presuntos derechos de lector. Lo escurridizo de un sentido no debe confundirse con la ausencia de todo sentido. Y en esa lección del *Guzmán* coinciden sus dos editores recientes, profundizando en la actitud alemaniana para establecer su genealogía a la vez que

actualizan la aportación de la obra a la conformación del género novelesco. La aparición de ambas en una gran cercanía cronológica representa una oportunidad para la reflexión sobre los dos sentidos de la lectura que confluyen en una edición: la lección literal y fiel del texto y su interpretación; también sobre las limitaciones de un modelo único de edición, ya que no son únicos, sino múltiples, los propósitos y competencias de lectura. Entre el extremo de sus potencialidades y la capacidad de ofrecer un texto atractivo y asequible sin dejar de ser fiable, la filología y la crítica literaria siguen dejando brillantes muestras de su ejecutoria, y entre ellas hay que colocar estas dos ediciones.

Pedro Ruiz Pérez
Universidad de Córdoba